

X.

GARIBALDI.

SU AMISTAD.—EL GENERAL CANZIO.—LA CONMEMORACIÓN DEL CIRCO DE INVIERNO.—HIPOCRESÍA DE NUESTROS ORADORES Y DIPUTADOS REPUBLICANOS.—EL CONSEJO MUNICIPAL DE PARÍS Y LA ESPADA DE LA TOUR D'AUBERGUE.—ZORRILLA.—GARIBALDI EN SU VIDA PRIVADA Y EN SUS RELACIONES CON LOS HOMBRES DE SU PARTIDO.—LA VERDAD ACERCA DEL DESINTERÉS DE GARIBALDI DURANTE LA GUERRA DE 1870-71.—EL ÁNGEL MALO DEL GENERAL.—PROCESO COMPLETO Y AUTÉNTICO DE BORDONE.—UN TESTIMONIO ATERRADOR.—LA MASONERÍA IMPONIENDO Á BORDONE Á LOS REPUBLICANOS.

He dicho ya que Garibaldi en 1870, viniendo de Caprera desembarcó en Marsella.

El viejo patriota italiano conservó siempre grato recuerdo del recibimiento entusiasta que se le hizo en mi ciudad natal; gustaba recordar par-

ticularmente nuestra *Jóven Legion Urbana* que le sirvió de escolta desde el puerto de la Joliette hasta el palacio de la prefectura. Y como yo había sido, en union del hijo de Esquiros, uno de los organizadores de la Legion, su recuerdo se fijó en mí especialmente.

Le había llamado la atención mi juventud y precocidad. Se interesó en mis luchas de periodista y en mis sufrimientos de proscrito. En una palabra, me profesó sincera amistad.

La correspondi centuplicada. Para mí, Garibaldi estaba por encima de todos los demás hombres. Lo amaba, como se ama á una madre, como un creyente ama á Dios. Era yo para él todo corazón.

Y véase cuán grande es el poder del afecto. Aún ahora me es grata la memoria de Garibaldi; su amistad me será siempre halagadora. Olvido al personaje político para no acordarme más que del personaje privado. Veo en él dos individuos: el enemigo del Papado, por quien lloro, habiendo profesado sus mismos errores; y el padre de familia, de corazón de oro, con el alma llena de ternura, para quien mi amor es indeleble.

En efecto, Garibaldi apareció ante mi bajo dos aspectos; me confió algunos de sus proyectos anti clericales, y otras veces me participó de sus íntimas alegrías. Por mi parte, lo tenía al corriente

de los más ligeros incidentes de mi campaña irreligiosa, y conocía él también los pequeños goces de mi hogar.

Cuando, algunos años antes de su muerte, se casó con Francesca Armosino, no mandó a París más que dos telegramas para anunciar su boda, de la que se alegraba mucho y celebraba modestamente en su desierta isla. Un pescador de Caprera atravesó en una barca el brazo de mar que separa el islote de la Cerdeña y puso los dos telegramas en la oficina del puerto de la Magdalena. Uno de esos telegramas iba dirigido á M. Augusto Vaquerié y el otro á mí.

Garibaldi me decía:

“Me caso hoy con Francesca Armosino. Pensad en nosotros y brindad por nuestra ventura con el buen vino de la amistad.”

Cuando pienso en aquel afecto que me profesó el general libre-pensador, no puedo ménos de compararlo al que unió hace cien años á Voltaire y La Harpe, y que sobrevivió á la conversión de éste último.

La historia de La Harpe es poco más ó ménos la mía, con la diferencia de que duró cuarenta años en el error, y de que el impulso que lo sacó del abismo fué más violento que el que yo experimenté. Ardiente republicano, impío furibundo, se vió colmado de ultrajes por los demócratas irreligiosos,

sus cómplices en los días de extravío. Yo he sido también atacado del modo más infame por los míos, sin haber por eso bebido un cáliz tan amargo como el de La Harpe. Todos saben que el discípulo de Voltaire se convirtió en la cárcel del Luxemburgo, donde había sido encerrado por sus amigos los revolucionarios durante el Terror. Fué necesaria la persecución, llevada á sus últimos límites, para que comprendiese que durante cuarenta años se había extraviado en el partido de los más atroces ódios, entre unos hombres peores que los lobos, porque según el proverbio, los lobos no se devoran entre sí.

Y La Harpe, convertido, no permaneció ménos fiel á sus antiguos afectos. “Fué constantemente el admirador del talento y el amigo personal de Voltaire, aun despues que su conversión, inspirándole nuevas ideas, le hizo apreciar en su justo valor las obras salidas de la fecunda pluma de aquel hombre célebre, y condenar sin piedad el deplorable abuso que había hecho de su talento contra la Religión y las buenas costumbres.” (*)

En aquellos horribles tiempos en que los republicanos, ébrios de sangre se guillotinaban unos á otros, y en los cuales Voltaire, si hubiera vivi-

(*) Prefacio del Salterio de La Harpe, edición de Perrisse hermanos, librereros de Paris.

do, habría sido llevado al cadalso por Robespierre y Fouquier Tienville, el convertido La Harpe fué uno de los pocos amigos que defendieron la memoria del filósofo de Ferney, como hombre privado.

Por mi parte, mucho ántes de abrir mis ojos á la luz, he manifestado que son muy pocos los hombres políticos del partido republicano francés que aman sinceramente á Garibaldi. Salvas raras excepciones, todos los personajes notables de mi antiguo partido profesaban poco amor al huésped de Caprera. ¡Cuántos farsantes he visto, cuyo único ideal era figurar, y para quienes el nombre de Garibaldi solo servía para atraer á la multitud.

Un año despues de la muerte del general, Canzio, su yerno, vino á Paris á fin de entregar, en nombre de la familia, al Consejo Municipal la espada de honor de La Tour d'Auvergne, que habia sido propiedad del viejo patriota italiano. Con este motivo organizó una fiesta conmemorativa en el Circo de Invierno para celebrar la memoria de Garibaldi.

Pues bien—puedo decirlo hoy—si aquella ceremonia obtuvo gran éxito, no fué debido al concurso de nuestros senadores y diputados republicanos. Los organizadores tropezaron en todas partes con una hostilidad sorda, con una mala voluntad general, de que es imposible formarse una idea.

Solo los Sres. Delattre y de Douville Maibefeu mostraron en aquella ocasion verdadera simpatía por Garibaldi.

Naturalmente cuidaron mucho de no revelar al público aquel conjunto de hipócritas malevolencias. Era preciso no desacreditar á los ojos del pueblo á aquellos elegidos, que el sufragio universal creía sinceros.

El éxito de la fiesta fué debida á la poblacion parisiense. Jamás olvidaré la triste figura de aquellos diputados y senadores de la izquierda, que iban y venían febriles y cripados, escondiendo en las cuadras del circo su cólera y despecho; pues literalmente rabiaban viendo tan inmensa multitud aclamar un nombre que no era el suyo, y estaban furiosos de no poder ausentarse y verse obligados á subir al estrado. Lochrey, con los labios cárdenos y temblorosos, dió con notable fastidio la bienvenida á los *hermanos italianos*; Clemenceau retorció su bigote y variaba todos los colores del arco iris. Todos á una rechinaban los dientes de coraje.

Allí arriba, en los palcos y tribunas, el buen pueblo, poco iniciado en los pequeños misterios de bastidores, se figuraba que sus representantes estaban llenos de júbilo.

Distinta cosa sucedió en el Consejo Municipal. Los consejeros deliberaron en secreto si habían

de aceptar ó no la espada de La Tour d'Auvergne que el general Canzio Garibaldi regalaba en nombre de su familia, á la capital de Francia.

Para fastidiar al yerno del héroe republicano, y como creían que no podía permanecer en París indefinidamente, aplazaban todos los días, sin decir si ó no, la sesión en la cual el Consejo había de recibir la espada de honor.

Tratábase de una arma legendaria, de una reliquia nacional, de la espada regalada por el gobierno de la Revolución á aquel que nuestros abuelos en 1792 llamaban *el primer granadero de la República*. La energía de Canzio—no tengo derecho á decir más—triunfó de todas las perfidias. Nuestros ediles decidieron al fin, bajo la presión de algunos periódicos de vanguardia, á recibir la espada de La Tour d'Auvergne y de Garibaldi.

Durante su estancia en París, el general tuvo á bien vivir en mi casa. Él sabe con qué profundo afecto por el hombre de Caprera cerré los oídos á todos los odios republicanos que me asaltaban entonces, y hasta qué punto, sacrificándome por la obra común, desaparecí para no dar pretexto alguno de ataque á los enemigos ocultos de la conmemoración garibaldina.

En aquellas circunstancias fué cuando travé relaciones con Ruiz Zorrilla, el célebre revolucio-

nario español. Quizás será útil que diga algo de este hombre público.

El jefe de los liberales del otro lado de los Pirineos es un hombre de alta estatura, casi un Hércules. Todo en él revela la audacia; pero también la grande ambición. Se cree llamado á representar un gran papel en su país.

Hablamos largamente un día que vino á hacer una visita á Canzio. De nuestra conversación saqué el convencimiento de que Zorrilla es un republicano *sub-géneris*, y si mis amigos de aquel tiempo hubiesen podido oírlo expresarse como yo le oí, creo que muchos dejarían de considerarlo como el Bayard de la democracia española.

Habiéndome sorprendido mucho su plan de campaña, no pude ménos de decirle para terminar nuestra conversación:

Pero, en fin, ciudadano Zorrilla, ¿cuál es en resúmen vuestro programa particular en política?

Zorrilla, con una expresión de fisonomía que no es posible describir, contestó:

¡Revolucionario ante los conservadores, y conservador ante los revolucionarios!

Refiero exactamente su declaración de principios, y me limito á calificarla de extravagante. Si no la hubiera oído con mis propias orejas, no creería que un hombre político fuese jamás capaz de formularla.

Más volvamos á Garibaldi. No es éste en verdad, quien tenía semejantes máximas en su programa. El Papado tiene derecho de considerar al jefe de los Mil, como un enemigo encarnizado; pero hay algun reproche que la Historia no hará nunca al general italiano, es haber sido hombre de dos caras.

No quiero hablar del anti-clerical. No soy yo quien debe juzgar á Garibaldi bajo ese punto de vista, pues sus actos públicos son conocidos de todo el mundo. Este libro es un *mea culpa* personal. Yo lloro sobre mí y sobre todos aquellos que han participado de mi extravío; pero no debo hacerme el acusador de faltas ajenas y sobre todo, de aquel á quien tanto afecto profesé.

¿No es más natural, por el contrario, que invoque las circunstancias atenuantes?

Garibaldi fué en su vida privada el mejor de los hombres; era muy sensible á toda buena accion: las lágrimas asomaban á sus ojos cuando se referia delante de él una miseria: su corazon de esposo y de padre, era un inagotable tesoro de bondad.

En sus relaciones con los correigionarios reinaba la fraternidad. No comprendo cómo pudo vivir y morir en un partido en el cual existe en estado latente el odio más salvaje. Garibaldi llevaba hasta la exageracion el afecto de fraterni-

dad para con los suyos; por eso fué muchas veces víctima de los indignos. Cuando oía á un republicano hablar mal de otro republicano, inmediatamente se hacia él defensor del acusado. La calumnia lo tenia sin cuidado. Cuando algun miserable le engañaba, sus mejores amigos, sus mismos hijos no podian hacérselo creer: el que lo habia engañado era un republicano; luego era sagrado.

En la vida política fué Garibaldi un exaltado. Pero hay que hacerle justicia; era la personificacion del desinterés.

Acerca de esto tengo el deber de hacer una revelacion que sin duda extrañará tanto á los católicos como á los libre-pensadores; revelacion que no será desmentida:

Hay el convencimiento entre los republicanos de que Garibaldi, sus hijos y su yerno, en 1870, prestaron á Francia su gratuito concurso, y de que se batieron contra el ejército prusiano del Este, sin que el gobierno de la Defensa Nacional les diese un solo céntimo de sueldo durante toda la campaña.

Entre los católicos, por el contrario, se cree que los jefes italianos se impusieron al pueblo, que su generosidad era una generosidad mentida, y que el Estado francés les pagaba abundantemente.

¿Quién tiene razon?—Ninguno de los dos. Unos y otros se engañan. De las dos opuestas opiniones, una y otra pueden sostenerse, hay algo de verdad en las dos; pero cada una contiene un error.

Hé aquí la verdad:

Garibaldi, sus hijos, su yerno y aun algunos oficiales italianos de sus más intimos amigos, hicieron la campaña del Este con el desinterés más absoluto; no cobraron ni un céntimo de sueldo. Pero este sueldo fué no obstante pagado por el Estado francés y embolsado á nombre de Garibaldi por cierto personaje que se lo apropió.

El tal personaje, un buen demócrata, existe aún; y es redactor de *La République Française*, Garibaldi tenía en él una confianza ilimitada. El descubrimiento, algo tardío del robo lo desengañó; pero su demasiada bondad para con los suyos le impidió acusar al culpable.

Cuando tocó con el dedo la infamia del miserable, era ya demasiado tarde.

Fué mucho tiempo después de la guerra. El huésped de Caprera acababa de ser elegido diputado por Roma. Entónces hubo una especie de reconciliacion entre el hijo de Víctor Manuel y él. Garibaldi asistió á varias recepciones de la alta sociedad italiana.

En una de aquellas recepciones, se habló del

famoso incidente de la asamblea del Burdeos y del desinterés del patriota italiano mal recompensado por los franceses. Uno de nuestros diplomáticos, presente en la conversacion, repelió la acusacion de ingratitud lanzada contra nuestro país y pronunció palabras un poco vivas.

“Hago justicia á Garibaldi, pues fué para nosotros un amigo. Más es preciso desmentir esa leyenda; si vino hácia nosotros como amigo, tambien fué pagado como General.”

Garibaldi saltó de su butaca, y hubo algunas explicaciones. Y como no quisiera conceder que su sueldo habia sido pagado por el gobierno de la Defensa Nacional, fué preciso probárselo con documentos justificativos.

El miserable que asi habia abusado de su confianza y firmado en su nombre, era uno de sus más intimos amigos, un hombre por quien varias veces habia reñido con sus hijos y con su familia.

Era el jefe de Estado Mayor, Bordone.

Si algun hombre ha tenido influencia funesta en Garibaldi, es ese Bordone, y á él incumbe la responsabilidad de todas las fechorias atribuidas al general durante la campaña.

¿Quién es Bordone?—El pobre pueblo lo ignora. Los republicanos y libre-pensadores no veian en él más que un anti-clerical. Yo voy pues á edificarlos.

En primer lugar, el gobierno de la Defensa Nacional conocía este individuo.

Aquí me veo obligado á ocuparme en algunas personalidades prominentes en la República; pero como la mayor parte de esos personajes existen, su silencio,— pues toda negacion es imposible.— será elocuente.

Bordone era un boticario de Aviñon. Luego diré porque se hizo amigo de Garibaldi. En 1870, se logró que la Liga del Mediodía le diera la mision de ir á buscar á Caprera al viejo general italiano. El gobierno de Tours nombró á Bordone coronel de Estado Mayor. Gambetta, sin embargo, se opuso al nombramiento. El 5 de Noviembre confiaba el cargo de jefe de Estado Mayor del cuerpo de Garibaldi al coronel Frappoli, italiano.

Hé aquí la orden de Gambetta, de la cual no se hizo caso, ¡tan grande era entonces la confusion en los poderes públicos!

Tours, 15 de Noviembre de 1870.

“El miembro del gobierno de la Defensa Nacional, ministro del interior y de la guerra, confirma nuevamente al Sr. Coronel Frappoli en el cargo de jefe de Estado Mayor del general Garibaldi; cargo que habia sido ya determinado por decision del gobierno.

“Solo á él reconozco ese título y los poderes que lleva consigo.

“Inmediatamente irá á tomar posesion de su cargo cerca del general Garibaldi y procederá á la eliminacion del Sr. Bordone, cuyos antecedentes judiciales y conducta no pueden conciliarse con el carácter de representante del gobierno francés.”

“Firmado. LEON GAMBETTA.”

M. Frappoli conservó la mencionada orden, y yo he podido sacar copia auténtica.—¿Cuáles eran los antecedentes judiciales de Bordone de que habla Gambetta?

No habiendo querido dejarse eliminar el Boticario de Aviñon, el gobierno procuró tomar informes acerca del personaje en la fuente más directa.

El ministro de justicia escribió al fiscal ó procurador de la República de Aviñon pidiéndole informes judiciales acerca de Bordone.

Hé aquí el telegrama del procurador fiscal del gobierno.

Aviñon, 23 de Noviembre de 1870.

(núm. 5,357, desp. cifrado.)

*Procurador de la República, Aviñon, al Ministro,
Justicia, Tours.*

Copia del informe judicial de Bordone:

“2 de Julio de 1858, tribunal correccional de Lachá-

tre; fingió la pérdida de objetos embargados; 50 pesetas de multa.

"24 de Julio de 1860, tribunal de París; estafa; 2 meses de prision. 50 pesetas de multa."

Ya veremos luego como el informe judicial de Bordone transmitido al Ministerio de la Justicia por el procurador de Aviñon era incompleto.

Pero Bordone se reía de su destitucion, aunque esta fuese oficial.

Tenía motivos para quedarse con Garibaldi, y se quedó á pesar del ministro, la familia y los amigos del general.

Creó y mantuvo el desorden para desacreditar á los voluntarios italianos, y perjudicar la defensa.

Un despacho telegráfico lo demuestra.

"Lion, 5 de Diciembre de 1870."

*Prefecto del Ródano al Ministro Interior y Guerra,
Tours.*

"La conducta de Bordone en Autun es objeto de las quejas de todos, motivo de desaliento, y un peligro gravísimo. Merece un Consejo de Guerra. Vos debeis saber sobre el asunto más que yo; pero me veo obligado á decir que la permanencia de semejante jefe de Estado Mayor es un escándalo. Garibaldi está ciego; vos no podeis estarlo. ¿No hay algun medio de alejar á Bordone sin ofender á Garibaldi? En todo caso, todo debe ceder al interés público."

"Firmado: CHALLEMEL LACOUR."

Otro telegrama acerca de Bordone:

Chaumont, 4 de Diciembre de 1870.

*Prefecto, Alto-Marne, al Director, de Seguridad
General, Tours.*

Sabeis que Gambetta me ha encargado decir al general Garibaldi que vería con gusto la separacion del coronel Bordone. Por otro lado, habeis dicho que tenais la certeza de una sentencia infamante contra la persona del coronel Bordone. El general Garibaldi me encarga decir, que quiere acceder á los deseos de Gambetta; pero ántes de privarse de un hombre útil, es preciso que tenga la prueba de la sentencia y la seguridad de que no ha sido anulada por decision judicial de un orden superior. Espera vuestra contestacion para resolverse.

Firmado: SPULLER. (1)

En Tours todos sabían cual era la reputacion moral de Bordone, ó á lo ménos conocian parte del informe judicial.

¿Comunicó el gobierno todos los informes á Garibaldi? Lo ignoro. Lo que sé decir es que á la sazón un republicano francés, llamado Gaukler, improvisado coronel, intervino en favor de Bordone, y la Defensa Nacional se resignó á sufrir al boticario estafador.

(1) Es el hermano de Spuller, el *alter ego* de Gambetta, y telegrafía á Ranc.

He aquí un telegrama de Gambetta á su delegado en Burdeos, ó sea á M. de Freycinet:

Lion, 24 de Diciembre de 1870.

Ministro Interior á delegado Guerra, Burdeos.

Desde hace algunos dias, leo un gran número de telegramas firmados por Bordone. Este hombre, lo sabeis, es el jefe de estado mayor de Garibaldi: no ignorais lo que se dice, y es preciso ser muy prudente en tratándose de él; él es quien manda, hace y deshace al lado de Garibaldi.

En primer lugar haré notar que sus telegramas son escritos en una forma y de una manera inaceptables. Nadie habla y escribe como él. Diríase verdaderamente que es omnipotente. Comunica órdenes á los prefectos, toma providencias, ordena arrestos. El, en una palabra, se mete en todo, en su casa y fuera de ella.

Os repito que debeis ponerlos en guardia contra semejantes pretensiones que no podemos aceptar. . . . Ponedlas pues un dique, no ignoro que la situacion es un poco delicada; más *tenemos un medio* de poner en cintura á M. Bordone, y os ruego, que con vuestra acostumbrada habilidad, lo pongais en seguida en práctica.

Firmado: Leon Gambetta.

En aquella época, el prefecto de las Bocas del Ródano era Alfonso Gent, voclusiano como Bordone. Gambetta telegrafió tambien á Gent con motivo de su compatriota aviñonés:

Lion, 25 de Diciembre de 1870.

“Sabeis, sin duda, que Garibaldi tiene como jefe de estado mayor á Bordone, quien es, á lo que parece, de carácter difícil, pues ha sido causa de numerosas dimisiones en la division de Garibaldi, provocadas por sus procedimientos, sus maneras omnipotentes, su orgullo insoportable, sin contar otras muchas causas que aquí no quiero indicar.

Si pudiéseris usar con él de vuestra influencia, nos hariais un gran favor.”

Firmado: LEON GAMBETTA.

Es indudable que Bordone trabajaba en hacer á Garibaldi imposible y al mismo tiempo en desorganizarlo todo. Su objeto era tambien, alejar por medio de la calumnía á los italianos que se conducian bien.

En aquella obra de desórden y de difamacion, era ayudado por su acólito, el coronel Gauckler, que no se avergonzó de echar cieno sobre el bravo Canzio, cuya conducta, en aquella campaña, fué de un heroismo reconocido por todos.